



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DÉCANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9744

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

VIERNES 27 DE ABRIL DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL

COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social:

MADRID, CALLE OLÓZAGA N. 1.

(Paseo de Recoletos.)



Subdirectores:

SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª

Cartagena, P. Caballos, 15.

GARANTÍAS.

Capital social efectivo. Ptas. 12.000.000
Primas y reservas. > 42.889.747

TOTAL. 54.889.747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de ptas. 56.226.307.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardinerías, caprichos de sortideros, sillóns, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

EL CLAVEL ROJO.

I.

Todos sus compañeros de academia le envidiaban: bien es verdad que había motivo para ello porque no se paseaba por Toledo mucha

cha más pizpireta ni graciosa que la simpática Consuelo y aunque todos los condiscípulos de Arturo la habían requerido de amores, para todos tuvo un mohín de desdenosa indiferencia, menos para él, para quien desde el primer momento tuvo siempre sus más deliciosas sonrisas

Era Consuelo una modistilla de ojos negros y pelo rubio, de esbelta cintura y pie pequeño, con un corazón hémico, capaz de inspirar amor á una estatua de barro y con una charla tan zalamera que cautivaba.

Arturo era lo que se llama un buen mozo. Alto sin exageración y fornido, sin ser grueso, ostentaba el uniforme de cadete con gallardía y elegancia.

Los jóvenes se querían entrañablemente; él se complacía en satisfacer los menores caprichos de Consuelo y se juzgaba recompensado recibiendo, á cambio de un sacrificio, una de aquellas miradas tan apasionadas que solía otorgarle tan a menudo la graciosa modisti-

lla. En cuanto á ella puede decirse que solo veía por los ojos de su novio.

Cada vez que salían de paseo, Arturo se sentía dichoso al oír las exclamaciones de admiración que salían de boca de los cadetes al pasar por su lado. En aquellos instantes se sentía capaz de hacer los mayores sacrificios, por conservar aquel amor que era su mayor ventura.

¡Ah! El día en que Arturo fuese teniente le hablaría á su padre de aquellos amores; le obligaría á abandonar la aldea y á venir á la Corto para hablar con el padre de su modistilla que estaba empleado en el Ministerio de Fomento, y no dudaba conseguir su deseo de casarse con Consuelo.

II.

Aquel día no había ido Consuelito á casa de su maestra. Toda la mañana y gran rato de la tarde la había pasado arreglándose el vestido que debía lucir por la noche en el Casino.

Era el último baile del año y gracias á la zalamería de Consuelo para con su madre y á las reiteradas súplicas de Arturo, obtuvieron la formal promesa de que acompañaría á su hija, pero á condición de que antes habían de ir los tres á la Catedral donde se prometía empezar á hacer una novena á la Virgen.

Aquella condición no era mala para los jóvenes, pues aun que en la iglesia no podían charlar á sus anchas, al menos estarían juntos y podrían estarse viendo, así es que accedieron gustosos á la pretensión de la buena señora.

A las seis de la tarde ya estaba Consuelo ataviada con un precioso traje rosa adornado con encages blancos, zapatos de raso de igual color y un esprit de plumas en la cabeza.

Con aquel traje tan seductor y anti-religioso fue Consuelito á la Iglesia con su madre y Arturo, pues como el baile empezaba á las

diez y la novena no acabaría hasta después de las nueve, no habría tenido tiempo para cambiarse de vestido.

III.

El templo estaba brillantísimo. Centenares de luces alumbraban sus paredes cubiertas de terciopelo rojo. Cada altar parecía un ascua de fuego y de las ornacinas salían mil rayos luminosos producidos por las luces al chocar en las facetas de las piedras preciosas y filigranadas joyas que lucían las imágenes.

El altar de la Virgen era el más adornado. Multitud de candelabros de plata sostenían las velas que lo alumbraban y gran numero de artísticos jarrones contenían flores de todas clases que exhalaban grato perfume. El órgano lanzaba al aire sus sonoras voces que el eco repetía hasta el infinito.

Nubes de incienso se elevaban formando preciosas espirales y extrañas figuras.

Todo allí era sublime, razón por la cual no extrañó Arturo en un principio, el pertinaz silencio de su amada que, desde que entró en el templo, no había pronunciado ni una palabra, ni había dirigido á su novio una mirada de aquellas que acostumbraba. Alarmado por aquella novedad le preguntó la causa y señalando con los ojos uno de los jarrones que á sus pies tenía la Virgen, dijo Consuelo:

—¡Mira!—Y dos lágrimas resbalaron por su rostro que, en aquel momento parecía el de la Madre del Redentor.

—¿Qué quieres que mire? ¿Estás triste?—replicó Arturo con ansiedad.

—Sí; estoy triste. ¿Ves aquellos claveles que están en el altar de la Virgen?

—Sí.

—¡Fíjate en aquel tan fresco y encarnado que parece recién cortado de la planta. ¿Verdad que me sentaría muy bien si lo colocase en mi pecho?

—¡Ya lo creo! Pero por eso no estés triste: Cuando salgamos de aquí compraremos otro igual á ese.

—No, no lo encontrarás... En este tiempo hay muy pocos claveles y los que traen de Aranjuez están todos mustios.

Y sus ojos volvieron á inundarse de lágrimas:

El deseo de Arturo por complacerla era tan grande como su amor. No le era posible ver sufrir á Consuelo sin tratar de evitarlo y:

—No sufras,—le dijo,—tuyo será ese clavel.

IV.

Terminóse la novena; se dirigieron al Casino y una vez en él encargó á su novia que le aguardase á la entrada del jardín mientras él volvía á la iglesia con objeto de apoderarse de aquella flor que le había hecho verter lágrimas.

Llegó á la Catedral cuando todas las luces estaban apagadas; solo en la nave central lucía una lámpara de aceite que chisporroteaba agonizante. El sacristán recorría todas las naves del templo agitando con estrépito un manojo de llaves y anunciando á los retrasados fieles que iba á cerrar las puertas.

Oculto en un confesionario aguardó Arturo á que pasara y cuando le sintió agitar las llaves cerca de la puerta corrió hacia el altar donde se hallaba el ramo de claveles de que quería apropiarse.

El altar estaba obscuro; acercose á él casi á tientas; dudó un momento; pensó en su novia apoyó el pie sobre la cabeza de un ángel esculpido en uno de los testers del altar; se empujó sobre las puntas de los pies, y alargando un brazo tropezó con el jarrón que contenía los claveles entre los que se hallaba aquel tan rojo y tan fresco que á Consuelo le gustaba.

Como no era posible en la obscuridad descubrir el clavel que buscaba, decidió apoderarse de todo el ramo, llevárselo á su novia como testimonio del inmenso cariño que la profesaba.

que puedan contemplar un guerrero... Mis narices están disgustadas, porque huelen la sangre de un cobarde.

Esta última alusión excitó un profundo resentimiento; Magua comprendió la ventaja que podía obtener y resolvió aprovecharla.

Dejando caer la piel que cubría su espalda extendió un brazo, indicando de este modo que quería hablar. Aunque había perdido por efecto de su deserción parte de su influencia, nadie le negaba un gran valor y se le miraba como el primer orador de su nación. Así es que nunca le faltaba auditorio y casi siempre conseguía que los demás fuesen de su opinión.

Empezó por contar todo lo que había pasado en el ataque del peñasco de Gleim y la manera como habían escapado sus enemigos; pintó después la situación de la montaña á donde se había retirado con sus prisioneros; no dijo una palabra del bárbaro suplicio que quería hacerles sufrir y pasó rápidamente al ataque de Carabina-Larga y los dos Mohicanos, que habían muerto á sus compañeros por sorpresa.

Después, bajando la voz, enumeró las cualidades admirables de los difuntos, sin olvidar ninguna que pudiera impresionar favorablemente; el uno jamás iba de caza sin volver cargado; el otro sabía desmenubrir la pista de los más astutos enemigos, este era valiente

á toda prueba, aquél de una generosidad sin igual. En una palabra, trazó sus retratos de una manera, que en un pueblo compuesto solo de un pequeño número de familias, cada cuerda que hería vibraba en el corazón de alguno de sus oyentes.

—Los huesos de esos guerreros están en la sepultura de sus antepasados? Sabéis que no. Sus espíritus han marchado hácia el sol poniente, pero han partido sin víveres, sin fusiles, sin cuchillos, sin mocasines, desnudos y pobres como cuando nacieron. Es justo esto? Deben entrar en el país de los justos como hambrientos Iroqueses ó miserables Delawares? Que piensen nuestros padres al verlos llegar así? Creerán que los pueblos Wyandots han degenerado; los mirarán con malos y dirán.—Un Chippewas ha entrado aquí haciéndose pasar por Hurón.—Hermanos míos, no hay que olvidar á los muertos. Cargaremos la espalda de este Mohicano hasta que no pueda mas, y lo enviaremos á nuestros compañeros. Cuando vean el espíritu de este Mohicano correr detrás de ellos con su pesado fardo, oírán que no los hemos olvidado y seguirán su viaje con mas tranquilidad. Solo la sangre de un indio puede lavar la mancha arrojada sobre el nombre de los Hurones. Por tanto, que muera este Delaware!

Facil es imaginar el efecto de semejante arenga. Sus oyentes ya dispuestos por una larga costumbre

cau para no caminar á ciegas. Al llegar frente á un gran peñasco, entraron en una especie de calle formada por los gamos en el bosque en sus emigraciones periódicas, y vieron no sin extrañeza una enorme bola negra que se encontraba á poca distancia en medio del camino.

El indio se detuvo dudando si debía seguir andando, y su compañero se aproximó á él. La bola negra que primero parecía inmóvil empezó entonces á moverse de un modo inexplicable para Duncan, pero al aproximarse pudo percibir mejor aquel objeto. Duncan reconoció que era un oso enorme, pero aunque gruñía de un modo espantoso, no dió otra señal de hostilidad; y en vez de seguir avanzando, se puso á un lado del camino, sentándose sobre sus patas traseras. El Hurón lo examinó con cuidado, y habiéndose cerciorado sin duda de que aquel intruso no tenía malas intenciones, siguió andando tranquilamente.

Heyward que sabía que los indios domesticaban algunas veces esos animales siguió el ejemplo de su compañero, creyendo que sería algún oso protegido por la tribu, que habría entrado en el bosque para buscar colmenas cuya miel les gusta mucho.

Pasaron á dos ó tres pies del oso que no hizo oposición ninguna, y el Hurón que al distinguirlo había dudado en proseguir su camino y lo había examinado